

# La mejor de las miradas

## (Sobre la admiración moral)

...lo que salva es la mirada  
(Simone Weil)

Con tal título quiero referirme a la mirada característica de la admiración, pero más en concreto a la del *admirador moral*. Por esta clase de admiración entenderé el sentimiento de alegría nacido a la vista de una excelencia moral ajena y que suscita el deseo de emularla. Pues bien, semejante emoción es a la vez resultado y productora de un modo particular de mirar, de una especie de mirada que me atrevo a calificar como *la mejor*. Justificar esa tesis exige el despliegue gradual de los distintos significados que contiene, y que son los que enumero en primer lugar. Luego será el momento de pasar sucesiva (y panorámica) revista a su cometido clave en la educación moral, a las condiciones que debe reunir un admirador cabal y, en fin, a los obstáculos con los que siempre -y de manera especial en nuestros días- ha de tropezar esa mirada.

### **I.- La mirada de lo mejor**

Al mirar, sucede a veces que admiramos. Somos los animales tasadores por excelencia, seres evaluadores que distinguimos entre lo más y lo menos valioso, para así querer más lo que vale más y menos lo que vale menos.

La mirada de lo mejor (entiéndase el genitivo objetivo) es la mirada hacia o sobre lo mejor. Y lo mejor que hay en el Universo, que sepamos, es aquello que en cierto modo lo supera porque lo contradice y por ello mismo constituye su excepción: el ser libre, y no necesario, el que tiene capacidad de pensar el mundo como objeto y de autodeterminarse como sujeto. Que es lo mismo que referirse a la única porción de ese mundo donde caben las opciones y, por tanto, los valores; donde cobra sentido distinguir entre bueno y malo, y por eso entre mejor y peor. En suma, la mirada de lo mejor es la que tiene por destinatario al hombre mismo. Spinoza ya nos advirtió de que nada hay en la naturaleza de lo que nos podamos gozar tanto como los hombres .

Y esto permite introducir unas primeras distinciones imprescindibles. La mirada que

exploramos, la mirada moralmente admiradora, no puede ser ni la propia del asombro ni tampoco la mirada dirigida a lo no-humano o lo otro que el hombre. En efecto, hay una *admiración teórica* que se plasma en la extrañeza o en el maravillarse (*thaumádsein*) ante lo insólito, descomunal, permanente, etc. de algún fenómeno y que es, según aprendimos de Aristóteles, el requisito de que algo nos aparezca como un “problema” y por tanto la condición de todo saber. Esa mirada investigadora encierra un *admirarse-de* que es un movimiento netamente distinto del *admirar-a*, si bien éste conlleva aquél como un efecto lateral. En el sentido que estamos delimitando, lo asombroso no siempre es admirable, pero lo admirable suele ser siempre más o menos asombroso en razón de su valía y escasez.

Cuando no es una mirada dedicada al ser humano, sino a la belleza natural, tampoco la *estética* es la mirada de lo mejor. El espectáculo del orden, regularidad, ritmo, proporción, armonía, etc. implica la contemplación de una excelencia, sin duda, pero no de lo más excelente del mundo que es el hombre. Por una razón parecida hemos de prescindir asimismo de la mirada *religiosa* que se dirige a Dios o, en general, a lo sagrado. No hay propiamente admiración religiosa, ante todo, porque Dios representa lo absolutamente Otro y sólo podemos admirar lo semejante a nosotros, lo comparable y al alcance de nuestra emulación; y después, porque todo lo sagrado suscita por fuerza “temor y temblor”, y la admiración moral no puede acompañarse de tales sentimientos. La mirada del hombre de fe será de reverencia y prosternación, más que ante lo excelente, ante lo extraño por excelencia. Ni las obras de Dios ni las de la Naturaleza son admirables. Sólo admiramos lo que en principio podemos ser y, en tanto que valioso, queremos llegar a ser.

### La mirada de lo mejor del hombre

Pero tampoco es cualquier excelencia del hombre la que admiramos, sino la más excelente de ellas o “la eminencia *en lo mejor*”. Y, a fin de localizar esa facultad óptima, nos será de ayuda acudir de nuevo a la sombra de Aristóteles y retomar su reflexión acerca de las tres grandes dimensiones humanas y, para ser preciso, en cuál de ellas se detecta la virtud más elevada.

1. *Theoría* o contemplación, *praxis* o acción y *poiesis* o producción: he ahí los modos como el hombre encara la realidad, correspondientes a los diversos campos en que se

desenvuelve. Está en la pura teoría cuando atiende a los seres que son siempre de la misma manera, sujetos a una legalidad que les encierra en un orden necesario y ante los cuales, por estarles negado cualquier cambio, el hombre se limita a su contemplación. El espacio de la acción, en cambio, abarca todo lo que puede ser de otra manera de como actualmente es, o sea, el reino de lo contingente característico de las cosas humanas y frente a las que el sujeto es libre para proponerse su transformación. Eso sí, una transformación de la propia conducta individual y de la comunidad civil en que se inscribe, de suerte que no da lugar a un producto distinto del sujeto, sino al sujeto mismo renovado. Otra cosa sucede con la producción humana, una capacidad por la que el hombre fabrica utensilios para su uso, pero sirviéndose de la necesidad que rige el mundo de los seres naturales y originando así una nueva configuración de la realidad exterior.

Cada una de esas tres dimensiones, claro está, lleva aparejada su *areté* o excelencia particular. Virtudes dianoéticas, morales y técnicas serían otras tantas perfecciones que conformarían el *éthos* o carácter del hombre según el modo como se comportara respectivamente en su relación con lo teórico, lo práctico o lo productivo. Quien sobresale en el ejercicio de cualquiera de tales facultades merece sin duda la mirada admirativa que se destina a los individuos mejores, pero la cuestión que ahora dilucidamos es si hay una excelencia superior a las otras y merecedora, por tanto, de la máxima admiración. Pues bien, igual que puede probarse la preeminencia de la *práxis* respecto de los otros dos órdenes humanos, también la virtud propia de la acción será más encomiable que las demás virtudes. La acción humana, justamente por procurar la mejora de uno mismo y su ciudad, pertenece a un orden superior a la *poiesis*, que sólo produce objetos externos y útiles para la supervivencia. Relegada la vida productiva al escalón inferior, por su condición instrumental, se diría que la sabiduría alcanzada en la vida teórica excede con mucho a las virtudes de la vida activa, pero no es así. La *praxis* se instala en el reino de la libertad, y eso la pone ya por encima de la *teoría*, que ha de ceñirse a consignar lo necesario o siempre idéntico a sí mismo. Además, esa sabiduría desencarnada “no investiga ninguna de las cosas que puedan hacer feliz al hombre”, en tanto que, precisamente por su vínculo con los sentimientos, “las virtudes morales lo serán del compuesto”; es decir, del individuo real. Estas virtudes prácticas son las que deben ser admiradas más que ninguna.

2. Por contraste con las miradas que hemos ido descartando, de naturaleza más bien *contemplativa y pasiva* (o simplemente técnica), hablamos ahora de la mirada o admiración *práctica*, ésa que nos anima a emprender o proseguir nuestro desarrollo personal. Pero aquí se impone una nueva distinción.

Podemos mirar con admiración al sabio, al genio, al artista, al político o al santo. Todos ellos son figuras que encarnan modalidades particulares de excelencia, que revelan plasmaciones de diversas posibilidades humanas en un grado sobresaliente. Muestran varios aspectos de lo mejor de que los hombres son capaces, a saber, un talento extraordinario, el hallazgo de fórmulas inesperadas, la creación artística, la posesión de un arte de gobierno, la entrega a una gran causa o el sacrificio heroico. Son por ello otros tantos objetos de una admiración práctica, de una emoción que no deja a su espectador inactivo, sino que le impulsa a emularlos a su medida y a su manera. En suma, tales valores resultan sin lugar a dudas estímulos convenientes para enriquecer nuestra vida; sí, pero no son exigencias universales, no son algo que comparezca con la fuerza de un deber. Los hombres que los encarnen son desde luego admirables, pero no serían *los más* admirables.

¿Por qué? En ciertos casos, porque resulta plausible suponer que aptitudes tan fuera de lo común forman parte de la dotación *natural* de ciertos individuos, son cualidades de esas que -según el mito de Protágoras- repartió Prometeo entre los hombres de manera desigual. Como escapen al empeño de cada cual y su falta no es imputable a desidia, en este terreno está a nuestro alcance admirar sin incomodidad alguna; más aún, como por eso mismo tampoco detectamos especial mérito en la posesión de tales valores, hasta podrían dejar de suscitar nos ese afecto. De otro lado, como en el caso del santo, porque parece requerir una suerte de gracia que lo convierte en un ser *escogido*.

3. Por aquí se atisba al fin la superioridad del valor moral y del sentimiento de admiración que sigue con su mirada a quien lo encarna. Y es que, frente a los demás valores, *la peculiaridad de los morales estriba en ser universalmente exigibles*. Como explicara Protágoras, el resto de cualidades y destrezas se distribuye según cierta proporción entre los hombres por naturaleza o por azar, pues a la sociedad le basta eso para sobrevivir. Pero el

“sentido moral” *debemos* adquirirlo todos mediante el aprendizaje y la atención; a diferencia de aquéllos, de éstos somos responsables y su carencia nos puede ser reprochada porque destruye la vida civil. Llamémosles valores categóricos, en contraposición a los demás, que serían hipotéticos. Casi todos nos dejamos fácilmente atraer por un modelo hipotético, por más que ni podamos ni debemos imitarle (pues no está en la vocación de cada uno llegar a ser, pongamos por caso, un consumado pianista). Pero de lamentar sería sólo nuestra distancia respecto del modelo categórico, que éste sí es imitable, porque en él se nos muestra nuestra vocación de persona.

De manera que nos queda como mejor mirada la que detecta lo mejor del hombre, a saber, sus valores morales. La mirada y admiración moral adopta un enfoque más totalizador y abarcante que las demás. porque las cualidades que recalca entran a formar parte de todas las otras a modo de un requisito implícito. No es preciso, claro está, ser moralmente admirable para merecer admiración en cualesquiera otros campos, pero me atrevo a mantener que hace falta al menos no ser francamente repudiable en aquel campo particular. De modo que es imposible mirar al genio o al artista con el mismo grado de contento, o que la admiración que despiertan quedaría empañada, si sobre su conducta -privada o pública- se cierne una sombra considerable de indecencia o injusticia. *Se diría que la excelencia moral es la que más vale porque, sin ella, las demás excelencias valen menos.*

4. Precisamente por eso tal mirada nos compromete como ninguna otra. Como los valores morales no surgen de circunstancias del ser, sino que se alzan en oposición al ser y expresan un deber ser, plantean demandas que piden a los hombres un absoluto cumplimiento. Esa es su principal diferencia con el resto, que nos dejan más libres a sus reclamos. Si esos valores nos comprometen, el afecto dirigido hacia quienes los encarnan -la admiración moral- también será mucho más debido y, a un tiempo, más costoso. Porque una frontera insalvable, que Kierkegaard se encarga de resaltar, separa al modelo moral de otras figuras ejemplares y le acarrea en vida su muy probable desdicha. El artista, el poeta y el científico pueden vivir rodeados de admiración, dado que “sus respectivas vocaciones no afectan a la existencia de una manera esencial (...). Pero aquel que profesa la ética tiene que ser perseguido, pues de lo contrario es un espíritu mediocre”. Y es que, en contraste con aquéllos, este héroe moral se

remite a todos los hombres por igual y se dirige a ellos nada menos que “en calidad de exigencia”. Si, como el artista o el científico, se limitara a exhibir ante el género humano su diferencia y a demandar nada más que una admiración pasiva, nada impediría que fuera al instante aceptado y hasta aplaudido. Pero como ese otro tipo de ser ejemplar viene a enseñar que cualquier hombre puede tanto como él y solicita su activa emulación, deja entonces su molesto “aguijón” clavado en nuestra existencia y excita en muchos el deseo de quitárselo de encima. Es decir, a negarle o regatearle su admiración.

### La mirada sobre los mejores

Habría que convenir, con todo, que no nos es dado admirar la virtud, sino más bien a los virtuosos: lo que está a la vista no es la excelencia en cuanto tal, sino actos o individuos excelentes singulares. También podría decirse que lo admirable es la humanidad misma del hombre y presentar “la original disposición moral en nosotros” como lo más digno de nuestra admiración. Ambas miradas, y sus emociones adjuntas, se distinguirían entre sí como lo inmediato, expreso y sensible respecto de lo más mediato, reflexivo y abstracto. Pero no nos parece tan atractivo encomiar esa dignidad por la que todos seríamos potencialmente admirables, como la realmente desplegada por los mejores y que les expone **tan sólo a ellos** a la mirada rendida de los demás.

La de la admiración es una mirada o emoción valorativa de la conducta ajena; más en particular, es una mirada de aprobación del otro. Como no hay emoción que no arraigue en creencias o en supuestos racionales, añadiremos que esta nuestra expresa una aprobación por razones morales; tal sentimiento no se despertaría si en el sujeto de esa mirada no hubiera la representación de un ideal de humanidad, del sentido del deber o de la naturaleza de la virtud. Y puesto que admite grados y presupone una escala de preferencias o excelencias, la definiríamos como una aprobación moral mayúscula o superlativa. La admiración ocupa el extremo más alto, que debemos sólo a unos pocos, de una línea continua de sentimientos cuyo límite por abajo sería el respeto, que todos merecemos, y el punto intermedio el aprecio o la estima. Lo que no cabe es una aprobación indistinta de la conducta ajena, la evaluación de lo bueno como si fuere igual que lo menos bueno y que lo malo: semejante indiferencia denotaría una total falta de sentido moral. Aquí no cabe el igualitarismo al que hoy somos tan aficionados: la mirada

admiradora actúa por comparación y es, por naturaleza, selectiva y discriminadora.

Claro que el problema es acertar en el criterio con el que establecer esta distinción de los mejores en virtud o talante moral. La mirada admiradora puede extraviarse, por ejemplo, si se guía por el criterio de la mayoría. La multitud de admiradores, al mostrar con frecuencia su predilección por lo mediocre o incluso lo reprobable, subvierte la admiración misma: Boileau ya dejó sentado que *un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire*. Pero tampoco es fácil decidir entre dos pautas valorativas enfrentadas: la de Adam Smith, según el cual para ser admirable bastaría exhibir un valor en grado superior a la media, “por más apartado que esté de la perfección absoluta”; o la de Kant, que prefiere una medida objetiva de lo en verdad valioso, porque la escasez de buena conducta en el mundo no debería convertir lo meramente estimable en acreedor de admiración. Así las cosas, uno diría que el primer movimiento del admirador razonable es medir al presunto admirable con arreglo a alguna pauta abstracta de valor. Pero, puesto que esa pauta se cumple en cada ejercicio individual tan sólo de un modo aproximado, la admiración brota también del contraste entre individuos evaluados conforme a ese canon moral. Y entonces será asimismo admirable quien sobresalga respecto del nivel ordinario de perfección, y a ése podemos tomarle por modelo.

## **II. La mirada que nos mejora**

La admiración moral es la mirada de los aspirantes (ahora como genitivo subjetivo) a ser mejores. Y, por cierto, existen buenas razones para confiar en que **alcanzarán** su propósito.

### Mirar para poder

Objetivamente hablando, este admirar es el modo de sentir adecuado a la excelencia moral ajena, y ya sólo por eso entraña una apertura inicial a ese mundo de valores. Pero, desde un punto de vista subjetivo, la admiración significa mucho más: significa también una señal de nuestra íntima disposición moral, el impulso básico hacia la virtud y hasta, en un particular sentido, la primera entre las virtudes y requisito de todas las demás.

1. Como vale decir también de otras emociones, lo moralmente valioso del

admirar estriba por lo pronto en que revela valores, ya sean los de su sujeto o los valores del mundo y de los seres admirables. La admiración moral es una percepción del carácter axiológico de la realidad. Sin ella, tal vez podamos discernir lo excelente, pero sería un conocimiento imperfecto. La conciencia moral demanda la presencia de los sentimientos apropiados a cada caso: igual que sería deficiente un juicio acerca del mal social sin la indignación que debe acarrear, del mismo modo tampoco conocemos a fondo una vida o una acción virtuosas si no llegan a suscitar nos la admiración consiguiente.

Pero ese poder informativo se manifiesta sobre todo en que nos revela (a uno mismo, unos a otros) nuestras posibilidades. La admiración es un *síntoma de nuestra perfectibilidad moral*. La conciencia que nos distingue como humanos ha de poner un sello específico en la común propensión natural: en nosotros la voluntad de vivir no es mero deseo de perseverar en el ser, sino más bien de mejorarlo. Nada más que “ser” a secas son los demás seres, es decir, los que cuentan como medios para el hombre, pero no son nada por sí mismos, porque no son para sí. “Valer”, en cambio, tan sólo puede decirse de los humanos en cuanto seres conscientes, seres que son fines en sí mismos y capaces de proyectar fines según los valores que ellos consagran.

Una mirada tasadora de valores es nota consecutiva y muestra fehaciente de esa dignidad. Con mayor o menor conciencia, admiramos desde ella, así como desde nuestra distancia respecto de su plenitud y con el propósito de actualizar en lo posible tal plenitud. La admiración y entusiasmo suscitados por la virtud o los gestos heroicos, ya se trate de sentimientos albergados por una persona o por la Humanidad entera, expresan una disposición moral a tomar parte en el bien. Si en un caso presagian el arranque de un progreso moral individual, en el otro contienen la promesa de un ascenso para el género humano en su conjunto. So pena de perder no ya todo sentido, sino su mismo sustento, el sentimiento admirativo resulta la prueba más palmaria de nuestra posibilidad de perfección. Mejor aún; si “en los sentimientos, hasta en los más corrientes, se hallan ocultas las verdades más profundas y elevadas”, la profunda verdad encerrada en el que aquí tratamos es la de designar el perfeccionamiento moral como nuestra tarea.

2. Así pues, a aquel cometido informativo de la admiración se le suma enseguida



su oficio motivador. Es sugerente la hipótesis de que las emociones cumplen un papel supletorio de la “insuficiencia estratégica de la razón” a la hora de orientar nuestras decisiones. Por lo que respecta a la admiración, ésta actuaría de acicate oportuno antes de que la razón, por sí sola, acabe de hacer sus análisis o sopesa con **cuidado** la conducta del ser ejemplar. El admirador desea ser como lo admirable; corre el riesgo de engañarse, pero ese cometido de invitación a la virtud es innegable. El *poder-ser* depositado en nuestra esencial perfectibilidad y el *percibir* eso humano más perfecto se resuelven al fin en un *querer* aquella perfección para uno mismo. Semejante propósito se desenvuelve a lo largo de un proceso, aunque no sea con exactitud el sugerido por Kant, según el cual todo espectador de un hombre ejemplar “se va gradualmente elevando de la mera aprobación a la admiración, de aquí al asombro y finalmente a la mayor veneración y al vivo deseo de poder ser él mismo ese hombre”. La representación de actos virtuosos “eleva el alma y despierta el deseo de poder hacer otro tanto”. Sólo que, a su juicio, y por el hecho de permanecer todavía atado al sentimiento, todo ello desempeña no más que un cometido auxiliar y provisional hasta que se imponga al fin el imperativo categórico como único móvil del sujeto.

Probemos nosotros en cambio a explicar este papel alentador de la admiración moral mediante razones axiológicas (por lo que queremos ser), más que por razones deontológicas (por lo que debemos), y entonces desembocaríamos en aquel *zélus* aristotélico -la emulación- por el que algunos hombres “se preparan a lograr bienes” de los que se creen merecedores. La misma simpatía que nos inclina a admirar nos pide también llegar a ser admirables, porque sería absurdo aprobar lo excelente en el otro sin quererlo enseguida para mí. Así lo expresa Adam Smith: “El aprecio y admiración que naturalmente abrigamos hacia aquellos cuyo carácter y conducta aprobamos, necesariamente nos predisponen a desear convertirnos nosotros mismos en los objetivos de sentimientos agradables análogos, y ser tan afables y admirables como aquellos que más amamos y admiramos...”. Por donde aún cabría enunciar para el admirador alguna nueva versión del imperativo categórico, a saber: *procura que tu acción pueda proponerse como ejemplo universal o actúa de tal modo que, en caso de ser mirado, fueras entonces admirado.*

Sea como fuere, la conducta ejemplar actúa para los demás como un móvil moral directo.

El buen ejemplo no sólo es un testimonio del valor, sino sobre todo una *interpelación* al valor. A la pregunta de por qué los santos o los grandes hombres han arrastrado tras de sí a multitudes, sin haberles pedido nada, Bergson responde: porque “su misma existencia es una llamada”. Y es que su ejemplo edifica la voluntad del admirador, que encuentra en él a un tiempo el ideal que ansía alcanzar y una voluntad particular que ya lo ha alcanzado y enardece así la propia suya.

### Testigos de la excelencia

1. Por si ello fuera poco, la admiración verifica la posibilidad y confirma la viabilidad de la empresa de perfeccionamiento a la que invita. ¿Qué hace el admirador sino observar algunos seres y actos humanos que prueban de hecho -así parece- haber acortado la distancia respecto del ideal? Frente a nuestra íntima insatisfacción, los admirables representan una suerte de plenitud que tenemos por significativa para nuestra vida, en ellos vemos incorporado el *ethos* que nos gustaría adquirir. Con estas o parecidas palabras, todos podríamos confesar lo que Camus: “Reconocí que es verdad que existen algunas personas más grandes y auténticas que otras. Y que forman a través del mundo una sociedad invisible y visible que justifica el vivir”. Con su mera presencia, de paso que certifican esa potencia común de perfectibilidad, aquellos seres ejemplares verifican la humanidad posible desde el momento en que la hacen más real. El ejemplo de tales modelos predica ya por sí mismo que la virtud no es una mera idea o ficción del entendimiento, sino una realidad tangible. Y, al hacerlo, derriba el principal obstáculo que **nuestra inclinación** levanta contra los dictados de la moralidad: el de la “incredulidad moral”, es decir, la cómoda creencia en que *así es la vida* y que la virtud del hombre resulta una quimera imposible. La admiración representa el exacto reverso de la misantropía.

Sucede entonces que la visión del modelo que personifica a su manera lo admirable no sólo sirve de aliciente para que yo lo desee, sino asimismo de *fundamento de mi esperanza en conquistarlo*: si aquél ya lo posee, también yo podría, puesto que esencialmente soy su igual. Así es como la mirada admiradora proporciona un móvil moral indirecto. Descartes dice que quien emula se dispone a grandes empresas “en las que espera tener éxito, porque ve que otros tienen éxito en ellas”. A quien admira alguna excelencia y procura hacerla suya, lejos de

entristecerle que el otro ya la haya realizado a su medida, le satisface que tal excelencia sea así de *real* y, por tanto, que sea *posible* también para él mismo alcanzarla. O al menos posible para la Humanidad, puesto que ya lo ha sido para algunos de sus miembros más señalados y de otros más anónimos. Esto es lo que celebra el admirador cabal, que no se detiene tanto a considerar su propia deficiencia como a gozar del espectáculo de una particular excelencia ajena que da testimonio de la excelencia humana.

Frente a quienes la escatiman por creerla humillante para quien la presta (o también para el que no la recibe), ¿cómo no ver entonces que en la admiración prevalece el componente de alegría? A juicio de Melanie Klein, esa potencia de identificación “hace posible la felicidad de ser capaz de admirar el carácter o las hazañas de los otros. Si no podemos permitirnos apreciar los éxitos y cualidades de otras gentes (...), estamos privados de fuentes de gran capacidad y enriquecimiento. El mundo sería a nuestros ojos un lugar mucho más pobre si no tuviéramos oportunidades de observar que la grandeza existe y existirá en el futuro”. ¿Y si la admiración, además, estimulara y aumentara indirectamente nuestra fe en nosotros mismos? A fin de cuentas, la admiración por razones morales, como un afecto que delata en su sujeto un proyecto de ser más -ser como lo admirado-, tiende a la misma infinitud del *conatus*. El admirador mira lo que aún no ha llegado a ser, pero sabe que potencialmente es. En lo admirable cada cual vislumbra y quiere su mejor yo, así como la entera especie humana percibe y anhela su humanidad más lograda.

2. Tanto poder pedagógico de los ejemplos aconseja concluir que no hay educación sin esta mirada admiradora. A la vieja cuestión platónica de si la virtud puede enseñarse habrá que contestar por lo pronto, que la virtud puede (y debe) *mostrarse*. El sentimiento moral que la reconoce cumple así una primera función deíctica: la virtud comienza a experimentarse cuando se admira a quienes mejor parecen encarnarla. A esa educación por vía admirativa apeló entre muchos Rousseau, cuando encendía el ardor generoso de su Emilio “mediante el relato de las bellas acciones de los otros; haciéndole admirar a quienes las habían realizado, le devolvía el deseo de hacerlas semejantes”.

La educación comienza por la admiración, ésta es el requisito básico y la primera palanca

de aquélla. Rescatemos aquí por un instante el paralelismo que dejamos desde el comienzo de lado. Aquel intransitivo *admirarse-de*, la extrañeza y el asombro, sería el principio y el medio de la educación teórica o en la teoría; en cambio, el transitivo *admirar-a* representa el punto de partida y el instrumento de la educación práctica, o moral o para la “vida buena”. Uno y otro son sentimientos que infunden sendos deseos: el de *saber* la causa de lo desconocido ante lo que nos pasmamos y el de *actuar* o *llegar a ser* como ese excelente al que admiramos. Si, pues, educar comprende el enseñar, es enseñar tanto a admirarse (de lo que no sabemos) como a admirar (lo que queremos hacer) del modo que es debido. Y, si educarse es aprender, sólo aprendemos lo que nos maravilla por su carácter imprevisto o extraordinario y lo que nos eleva por su excelencia. Al final, conocemos según la medida en que somos capaces de admirarnos y nos encaminamos hacia aquello que llegamos de veras a admirar.

Por atenernos a nuestra perspectiva, que esa admiración o mirada de lo mejor resulta requisito de la educación moral parece cosa indudable. Desde tiempos antiguos hay un amplio acuerdo en que educar consiste en suscitar móviles e intereses y en que éstos nacen de la emoción. Si el hombre es “inteligencia deseante o deseo inteligente”, al decir de Aristóteles, la educación moral no se limitará sólo a una enseñanza intelectual, sino también y ante todo afectiva: la virtud o el vicio de una conducta estriban en “complacerse o contristarse bien o mal”, lo mismo que llegar a ser buenos consiste en “poder alegrarnos y dolernos como es debido”. Para resumirlo con palabras prestadas de un moralista ilustrado: “Si queréis dar a los hombres una virtud, empezad por darles una pasión”. ¿Y no será ésta precisamente la admiración, si toda virtud la reclama como el sentimiento que la prepara y la sostiene? La virtud es apasionada porque, para apoderarse de ella, requiere primero ser admirada cuando se muestra en el virtuoso. Terreno abonado para cualquiera de las virtudes, ¿no será la admiración incluso la virtud en potencia y, en tal sentido, la virtud o potencia de las **demás** virtudes?

**3 (ojo).** Seguramente sí, pero no siempre esta admiración es lo bastante *moral*, como hacen temer los múltiples riesgos que la acechan. Esa emoción puede no traspasar su umbral psicológico y quedarse en simple contagio afectivo; ser síntoma de alguna impotencia del admirador o, al contrario, nacer de un amor propio desbocado; limitarse a unos destinatarios más visibles o de relumbrón, con olvido de otros adornados de méritos mayores; prestarse tan

sólo a la conducta excepcional o inalcanzable, y no a la virtud más regular y cotidiana; reclamar de muchos exigencias desmedidas y, con ello, tender al desprecio larvado o expreso de quienes no las satisfagan; provenir de un afán narcisista de alzarse hasta la altura del eminente y formar así parte del selecto club de sus afines; o confundirse con un sentimiento semirreligioso de adoración. No es raro, desde luego, que su sujeto permanezca alelado bajo el hechizo del ser que se admira. En definitiva, su dependencia de la sensibilidad parece destinarla a ser algo esencialmente pasivo y reactivo, de carácter involuntario e inconsciente.

Algo o mucho de todo ello se esconde en las maneras más frecuentes de admirar, ya sea la que viene con la primitiva *mimesis* infantil o con esa otra imitación adulta de los modelos de vida que entroniza cada sociedad para su reproducción a través del mecanismo de la moda. A tales maneras primerizas les conviene sin duda el diagnóstico kantiano de que “la imitación es para el hombre todavía inculto la primera determinación de la voluntad para aceptar máximas que adopta en lo sucesivo”. Pero esa determinación inicial no tiene por qué ser la última. Nuestro crecimiento moral exige que la admiración espontánea pase a ser razonable, de suerte que el sujeto sepa dar cuenta de su ideal de excelencia, esté dispuesto a justificar la validez universal de sus modelos de conducta y, así pertrechado, dirija a su alrededor una mirada más penetrante. En suma, la educación moral *en o mediante* la admiración debe venir precedida por la educación *de* la admiración misma.

### Según se mire

Pero sólo vamos a aludir a algunos de sus pasos. Así, para que el proceso admirativo se ponga en marcha, ciertas condiciones previas tienen que estar en su sujeto al menos latentes. Se requiere ya alguna aspiración al propio perfeccionamiento moral y, con ella, también una cierta idea de la excelencia de la humanidad o de la virtud. Sin la una faltaría el *porqué* o el motor de esa admiración; sin la otra, se carecería de canon para especificar el *qué* o su objeto y su cuantía.

1. No habría admirador sin amplias dosis de esa ambición que los clásicos llamaron *magnanimidad*, aquella virtud que induce a “considerarse uno mismo merecedor de cosas grandes”. La admiración, en efecto, requiere cultivar esa grandeza de alma

(*macropsychía*) que nos vuelve capaces de detectar y desear los bienes mejores y hasta de creernos dignos de ellos. El que no sabe detectar lo más valioso, al contrario, en ello mismo pregona su impericia en juzgarlo y su ineptitud para perseguirlo; en suma, su pequeñez de espíritu o *micropsychía*.

Conviene entonces corregir ese dictamen habitual que tiene a la admiración por una emoción de la distancia y según el cual no se puede admirar más que de lejos. ¿O es que no estará aún más distante el incapaz de admirar, si ni tan siquiera llega a percibir aquella distancia? Al menos quien admira acaricia enseguida la intención de acercarse a su ideal, y en ello mismo reduce el trecho que le separa de él. Haríamos mejor entonces en considerarla una emoción de la cercanía tanto o más que de la distancia. Pues es el caso que ella delata ya una proximidad esencial entre el objeto y el sujeto de la admiración; de lo contrario, éste no admiraría. Admirar es descubrir oscuramente que algo de lo admirable está ya en uno o presenta alguna afinidad con uno mismo; admiramos con lo que de admirable hay en nosotros. Aquella cierta familiaridad o simpatía entre el admirador y el (o lo) admirado que se revela y confirma en la admiración es, antes aún, el primer requisito de tal sentimiento. “Para juzgar de las cosas grandes y elevadas - nos confió Montaigne-, es menester alma igual; si no, las atribuimos al vicio que nos es propio”.

2. Se habrá notado que esta mirada de lo mejor presupone y expresa un notable optimismo antropológico. Antes incluso de que la deliberación racional se esmere en fundar un concepto o un criterio aceptable de la excelencia humana, la educación moral debe esforzarse en persuadirnos de que la esperanza en aproximarse a ese ideal no es ilusoria; o, lo que viene a ser lo mismo, que hay seres que lo han logrado.

¿Que nos equivocamos en nuestro diagnóstico o nos defrauda lo que a primera vista parecía tan excelente? No por ello queda desacreditada su admiración, que cuenta más por su calidad axiológica que por la epistémica. Por paradójico que suene, *lo que aquí de veras importa no es tanto la valía de lo admirado como la del admirador en cuanto tal*. Renan decía que “un hombre se puede valorar por su capacidad de admiración”. Pero lo más decisivo de ella estriba en que pronuncia un claro desmentido de la sentencia que condena al hombre como un ser caído y para el que en este mundo no hay salvación. *La admiración expresa tanto un*

*valioso prejuicio a favor de los excelentes, como un deseo de que en el mundo haya seres admirables y la voluntad de encontrarlos.* Admirar es un acto de fe en el ser humano, la confianza en la infinita potencia moral del hombre.

Así las cosas, no habría por qué presumir que el objeto al que se endereza sea moralmente intachable. Cada caso en que se cumple la ley física es un ejemplo perfecto y representativo de una serie necesaria y universal. Bajo la ley moral, en cambio, un caso se revela “ejemplar” tan sólo por excepcional; o sea, porque expone lo que el uso de la libertad podría ser, pero por lo general no es. Aquí todo ejemplo es *imperfecto* sin dejar por ello de ser ejemplar. No *ejemplifica* la ley (Kant *dixit*), lo que sería de todo punto imposible, pero *ejemplariza* a los demás inclinándolos hacia la sumisión a la ley o, mejor aún, a la conquista de la virtud. No es un dechado de *perfección*, pero puede servir para *perfeccionar* a quienes le observen. Y lo que más se nos exige como sujetos morales es un incansable ejercicio de **perfeccionamiento** o “el paso a una mayor perfección”, que diría Spinoza.

3. No acaban aquí las tareas para depurar la mirada del sujeto moral. Parece obvio que una admiración para ser virtuosa requiere de la *gratitud*, o bien que aquélla es una de las formas que ésta adopta. Pero la gratitud es amor, es decir, una alegría acompañada por la idea de su causa, y el admirador participa de ese amor desde el momento que se complace en la sola existencia del ser admirable. No habría tampoco virtud en la admiración sin la de *humildad*, pues a falta de una conciencia insatisfecha o sin esa vergüenza de nuestras imperfecciones nada podría empujarnos hacia la superación moral. Moralmente nos avergonzamos, ya sea en uno mismo o en otro, de lo contrario que admiramos.

Pero esa mirada debe hacerse no menos consciente de que le mueve un sentimiento de *justicia* que se encarga de prestar al ser admirable el homenaje que le debemos. Cuando mira a la excelencia que tuvo lugar en un tiempo anterior, la admiración tiene rasgos comunes con la *fidelidad*, que es virtud de la memoria. Cuando se dirige al futuro, emparenta con la *valentía*, hasta el punto de que para Descartes la emulación sería una de sus especies. Y el sujeto moral ha de descubrir todavía, contra el extendido prejuicio que las considera opuestas, que admiración y **compasión** o piedad resultan emociones complementarias. Pues no nos

compadeceríamos de quien no fuera ~~un ser~~ capaz de excelencia, y el ser más admirable **será** en su desgracia el más digno de conmiseración. De suerte que, mientras la admiración multiplica los cuidados de la piedad, ésta sirve de contrapeso a los posibles excesos de aquélla: gracias a la compasión el admirador del héroe moral puede librarse de la tentación -los “grandes veneradores” son también los “grandes despreciadores”- de despreciar a los mediocres y hasta de negarles el respeto. Por eso nada más justo que la sentencia de Joseph Conrad: “La visión de todo asunto humano merece admiración y piedad”.

### **III. Las malas miradas**

Si no merecedoras de tal calificativo, ciertas enseñanzas clásicas han sembrado tantas sospechas contra la admiración que la inhabilitan de antemano para desempeñar su cometido educativo. En este punto el educador moral ha de enfrentarse al moralista retorcido, a cuya suspicaz mirada todas las apariencias virtuosas engañan. No hay admirable en ciernes que resista el escrutinio de sus verdaderos móviles, nos dirán implacables La Rochefoucauld o Kant, para quienes no hay ejemplo que sea un buen ejemplo. Ni hay tampoco admirador por razones morales, puesto que “de ordinario sólo se ensalza para ser ensalzado” y, si es cierto que “el que se humilla quiere elevarse”, entonces quien admira sólo lo hace con vistas a que le admiren. Y para rematar esta cadena, el psicólogo verá en la admiración nada más que una idealización, un mecanismo por el que sobrevaloramos las características del objeto con el que pretendemos identificarnos a fin de realizar el ideal inalcanzado del yo... Dejémoslo aquí. Más que objeciones de este tipo, toca revisar ciertos talentos contrarios al de la admiración moral y que la sofocan en mayor o menor medida, aun cuando no sea fácil ordenarlas en su creciente hostilidad para con ella.

#### **Con malos ojos**

A la mejor de las miradas se le oponen otras miradas o emociones moralmente peores o, vale también decir, de lo peor y que sin duda nos empeoran. Serían otros tantos obstáculos a la emulación que el educador moral debe comenzar por impedir o remover en su discípulo antes de dar un paso adelante.



1. Como la admiración moral es una forma extrema de aprobación, nada contradice más lo que merece alabanza que su reprobación, condena o *desprecio*. Pero vayamos con cuidado. Salvo en su nombre, este desprecio carece del menor parecido con ese otro que acompaña a la admiración como su sombra. Este y aquél difieren radicalmente entre sí tanto por su objeto como por los dispares motivos que los inspiran; el uno desprecia justamente porque admira, mientras que el otro desdeña por causa de su misma incapacidad de admiración o de su arrogante negativa a admirar.

Pues el desprecio propio del admirador prende en quien sabe apreciar y, por eso, aborrece (con sus riesgos, desde luego) lo contrario de lo que valora en grado sumo. En cambio, la aversión del no-admirador secunda el propósito de no encontrar nada digno de ser apreciado en tamaña medida. Y ello quizá por descreer de la posibilidad de dar con algo tan bueno, lo que probaría su escepticismo moral; o tal vez porque supone con fundamento que, de hallarlo, se vería obligado a despreciarse a sí mismo. Claro que descubrir lo admirable requiere, desde luego, una mirada más fina, asidua y desinteresada que la experta en resaltar lo deficiente. No sólo eso. El capaz de admirar, por lo mismo que se indigna al despreciar, se solaza ante cualquier revelación del valor, pero el impotente sólo halla disfrute en la reprobación general. Es que el admirador desairado, por mucho que le tienta desesperar, nunca se avendrá a una repulsa definitiva; pero el repudio de quien rehúsa admirar no sólo no espera, sino que precisamente consiste en no esperar y en mofarse de cualquier esperanza de mejora.

2. “No hay peor desprecio que no hacer aprecio”, reza el dicho popular para referirse a la *indiferencia*. Si la admiración es un sentimiento, y uno que se expresa con entusiasmo, esta suspensión de sentimientos representa su antítesis. A la postre, el que desprecia deja traslucir cuando menos que se toma algún interés por su objeto, mientras que la indiferencia presume de renegar de toda emoción, pero con mayor ahínco de la que apunta a lo más valioso. Vive de insinuar que esa excelencia entrevista no merece la pena, es decir, ni la admirada atención que le prestamos ni la fatiga que nos procura emularla. Como si fuera posible (e incluso deseable) permanecer inmutable ante los grandes caracteres y logros humanos, el indiferente finge no detectar la polaridad y jerarquía que caracterizan esencialmente a los valores. Si para él no hay bueno ni malo, o si una perezosa neutralidad le prohíbe pronunciarse ante su

opción, menos aún habrá de exponerse a dilucidar entre lo menos bueno y lo mejor.

Ensalzaron esa indiferencia los estoicos bajo los nombres de *apátheia* y *ataraxía*, insensibilidad e imperturbabilidad, como las únicas actitudes congruentes ante la ley inexorable que rige al Universo. No hay responsabilidad ni mérito en los actos humanos, sino estricta necesidad -repetirá Nietzsche al cabo de siglos- y, en consecuencia, admirarlos o reprobarlos están de más. En cualquiera de sus voceros esa indiferencia moral predica parecidas consignas: todo es necesario, nada vale. Ni siquiera la irrisión, que prueba -mal que le pese- algún apego hacia su objeto ridiculizado, alcanzaría el filo despectivo de una actitud que tanto se asemeja a la renuncia de la propia humanidad; esto es, a dimitir del privilegio de inventar y atribuir valores.

3. Un paso más y digamos que la *envidia* es adversaria temible de la admiración y, a la vez, su vecina. Pues lo cierto es que el envidioso comparte con el admirador un parecido aprecio y deseo de lo excelente. Si encarna una de sus figuras hostiles, es porque se despierta contra la titularidad de eso apreciado, pero no en virtud de una valoración falsa o injusta de lo precioso: mientras la admiración subraya tan sólo que esos bienes deseados “no son de uno”, la envidia pone el énfasis en que “pertenezcan a otro”. Y tanto lo acentúa, que el hecho de que el bien en cuestión sea *del otro* resulta mucho más poderoso que el aprecio mismo en que lo tiene, hasta el punto de renunciar a ese bien con tal de que el prójimo tampoco lo disfrute. ¿Haríamos mal entonces en bautizarla como una admiración no confesada y que no se reconoce, como otro involuntario homenaje que el vicio rinde a la virtud?

Claro que la envidia sólo está a la altura de la admiración, y ocupa su exacto reverso, cuando el bien al que mira es el más codiciado. No todo lo envidiable es admirable, pero todo lo admirable ha de suscitar la envidia más feroz; por principio, el círculo de los envidiados y envidiosos multiplica con creces el de admirados y admiradores. La misma correspondencia negativa con la admiración se observa a propósito de un nuevo componente afectivo de la envidia, que no sólo se entristece con el bien del otro, sino que “se goza con su mal”. Respecto de sus destinatarios, la alegría y la tristeza que tiñen la admiración son las contrarias. A ésta le satisface la ventura del hombre excelente porque la cree justa, mientras que se apena más que de ninguna de la desgracia que le sobreviene; deplora la escasa virtud de la mayoría, pero se resarce

con la jovial conciencia de su afinidad con el virtuoso. En el otro extremo, la envidia se entristece con eso mismo de lo que la admiración se congratula. Por eso han podido llamar a ésta la “pasión compensadora” de aquélla.

Se diría, no obstante, que la específica excelencia moral pertenece a esa clase de bienes asequibles a todos y que, por no disminuir en caso de transferencia o reparto, deberían suscitar admiración y nunca envidia. Pero la naturaleza peculiar del bien anhelado no es demasiado significativa a este propósito, pues ya se encargará el envidioso de juzgarlo siempre único e indivisible. Y así, la admiración es una pasión incluyente de su sujeto y su objeto, en tanto que la envidia es excluyente y no resiste la competencia que al mismo tiempo demanda. Esta se agota en ese no poder soportar, que en su límite le conmina a suprimir al otro: “su mirar es matar”, dice de ella Gracián. Por eso la última palabra del admirador dirá “*¡que el bien sea, aunque no sea para mí*”, mientras que el grito ruin de la envidia tiene que pregonar a los cuatro vientos “*¡que el bien no sea, si no es sólo para mí!*”. Casi nada aminora su maldad y así lo atestiguan los constantes dicitos que la historia del pensamiento moral ha acumulado contra ella. Y como resulta un sentimiento tan vergonzante que nunca osamos confesar, la envidia suele entrar en escena bajo disfraces honrosos tales como la exigencia de la justicia o la invocación de la verdad.

Poco cuesta compartir con Spinoza la tesis de la naturalidad de esta pasión, pero en modo alguno la rigurosa alternativa que traza a renglón seguido: o envidia hacia los iguales o admiración para con los absolutamente superiores y distintos. De ello se seguiría que, cada vez que fingimos tributar a un ser humano alguna admiración, se le mira en realidad con envidia... Parece más acertado sostener que admiramos lo que también podría ser objeto de esa pasión contraria, de suerte que lo mismo resulta admirado por unos y envidiado por otros. La diferencia sustancial no radica en el objeto, sino en la virtud de sus sujetos: unos *pueden* admirar lo que otros *no pueden* más que envidiar. De ahí que, cuanto más se haga notar el carácter natural e imperioso de la envidia, tanto más se resalta el valor excepcional de la admiración: la grandeza del admirador reside entonces en su capacidad para reprimir ese impulso y reemplazarlo por el de signo opuesto. Si la envidia era una admiración encubierta e inconfesa, la admiración será una envidia contenida y sobrepasada.

4. En su sentido nietzscheano el *resentimiento*, en fin, viene a ser una envidia desaforada que desemboca en un afecto distinto y que en su grado extremo la invierte. Si no es mío, lo bueno no debe ser del otro, decía por lo bajo el envidioso; si no está a mi alcance, lo bueno no puede ser bueno, sino perfectamente malo, acabará voceando el resentido.

El origen del resentimiento se halla en la necesidad de librarse del pesar insoportable causado por una envidia incapaz de tornarse admiración. Es esa “apetencia de amortiguar el dolor por vía afectiva”, de paliar ese daño que nos propina el desfavorable contraste con el superior, la que finalmente estalla vengativamente en forma de resentimiento. Representa, antes de nada, un engaño de su sujeto. Tras engañarse rebajando las cualidades valiosas de aquel con quien se mide, en un segundo momento la obra capital del resentido se lleva a cabo “mediante la mixtificación y falseamiento de los *valores* mismos” bajo los que se da tal comparación. El resentimiento, al convertirse en muñidor de toda una moral, dicta una nueva e inversa jerarquía entre lo que debe aprobarse y reprobarse; su impotencia se trueca en “la voluntad de poder de los más débiles”.

Tan colosal potencia de los impotentes se pone de manifiesto en su capacidad para trastocar la relación entre lo admirable y lo despreciable. O, lo que es igual, para fijar direcciones rastreras a la mirada, de manera que los admirables se avergüencen de serlo a la vista de tantos que no lo son, al tiempo que la mayoría se enorgullezca sin pudor de una bajeza que tienen por lo más elevado. Hoy la naturaleza excelsa pierde su consideración para dejar paso a una pregonada igualdad moral entre los hombres medida por el nivel más ínfimo y asequible. La venganza del resentido habría logrado así su más clamoroso triunfo.

### La mirada de los *normales*

Pero si, movidos por pasiones como éstas, los tiempos pasados han ofrecido tantas resistencias a la admiración moral, tampoco los presentes le son más propicios.

1. Basta con escuchar atentamente unos cuantos lugares comunes entre nosotros. Se repite hasta la hartura eso de *no tengo por qué compararme con nadie* y se lo ratifica

con aquello de que *todas las comparaciones son odiosas*, sencillamente para así evitar todo juicio sobre la valía relativa de alguien. Si yo no soy quién para juzgar a nadie, es porque así cuestiono retadoramente *quién es nadie para juzgarme*. Difícil será aceptar el modo superlativo de la admiración -sobre todo, la moral- si tanta cautela suscita ya el mero comparativo. Así que unas opiniones no son más o menos verdaderas que otras, sino todas igualmente *respetables*, que equivale a confesar que nos guardaremos de averiguar su respectivo valor de verdad. Más que juicios hacemos *comentarios* (como si fueran cosas distintas) y toda las variedades del decir han quedado subsumidas bajo el omnipresente *comentar*, que es como un hablar que no nos compromete. Y salimos del paso a base de anticipar o concluir que algo o alguien *no es ni mejor ni peor, sino simplemente distinto*; de suerte que nos libramos de calcular las diferencias de valor proclamando sin más el valor de las diferencias.

El paso siguiente viene con la solemne aseveración de que *nadie es más (ni menos) que nadie*, hasta ahí podíamos llegar. Quien se atreva hoy a decir otra cosa pronuncia la más terrible de las blasfemias y se expone al mayor de los reproches. Como no podemos ser ni más ni menos que hombres (es decir, como nuestra potencial dignidad nos hace esencialmente iguales), se da por sentado que tampoco unos hombres puedan ser más que otros (o sea, juzgamos impensable que alguien haya plasmado mejor o peor esa dignidad común). La conclusión se impone: al menos en el terreno moral, *yo no tengo por qué admirar a nadie* pues sería un gesto que me humillaría sin fundamento ni contrapartida. Reafirmaré entonces con toda convicción que *tampoco tengo por qué imitar a nadie*, faltaría más, porque no reconozco modelo moral alguno: al contrario, mi lema más sagrado es el de *ser yo mismo*.

Así es como se ha instalado en nuestra sociedad un tópico tan devastador como el asegurar de alguien con afán elogioso que *es una persona normal* o incluso *muy normal* o, cuando se trata de uno mismo, tenerse ante todo por una alguien *normal*. Lo preocupante es que el tópico amalgama dos sentidos de “normal”: su descriptiva acepción sociológica, por la que se contrapone a lo escaso o extraño y significa lo común, habitual y ordinario; pero también un evidente sentido valorativo, ya sea en su versión médica (lo normal como funcionamiento sano o correcto, lo anormal como enfermo) o política (verbigracia, cuando hay que “normalizar” una situación irregular). Pues bien, en su uso cotidiano calificar a alguien de normal no sólo da a

entender que es un individuo más o menos como todos, sino además que eso *es lo bueno*: esa normalidad se erige en la norma de la vida práctica. Llegar a ser como todo el mundo, un hombre normal y corriente, un tipo medio o una medianía, uno del montón que no destaca por nada, un miembro anónimo de la mayoría..., he ahí el ideal del mediocre y de mediocridad que se oye predicar en todas las esquinas.

Eso sí que es una transvaloración de los valores, una moral subvertida. El deber del *hombre normal* se opone al deber del *hombre*, que es el de conquistar su propia excelencia y celebrar la ajena; la virtud es prueba de una potencia declarada, pero ahora se la mira con suspicacia mientras se festeja como tal la impotencia consentida. En la falta de discernimiento del normal, ese que se niega a juzgar moralmente, se manifiesta por igual su indiferencia ante lo malo y su apatía hacia lo bueno y excelente: la banalidad del mal, denunciada como raíz y componente de la barbarie nazi, viene a una con la banalidad del bien. Theodor Adorno no exageraba cuando sentenció que “la normalidad es la enfermedad de nuestro tiempo”.

2. Semejante enfermedad ambiental sería esa clase de *nihilismo* que expande a diario la relatividad, variedad incomparable, inversión o negación a secas de los valores morales. Esta tendencia parece la última responsable del deterioro de la admiración, un deterioro del que sobreabundan los síntomas. En la cultura contemporánea, por ejemplo, la admiración moral ha dejado paso al mero asombro y a la trivialización del asombro mismo. La “sociedad del espectáculo” reclama espectacularidad como el medio básico para atraer la mirada pública, de manera que sólo se invita a mirar y admirar lo que resulta bastante notorio o escandaloso o llamativo como para insertarse en el espacio de la publicidad. Los *idola fori* tapan a los seres ejemplares. Pero esta misma cultura, de naturaleza narcisista, nos propone que cada cual se labre sus propias tablas de la ley; para su ética de la identidad o de la autenticidad sólo la propia elección otorga valor.

La mentalidad reinante, esencialmente igualitarista, viene a declarar que toda autoridad es autoritaria. En educación, por ejemplo, no vale la experiencia acumulada ni el diverso rango de los contenidos ni el ejercicio de la reflexión ni la jerarquía entre maestros y discípulos..., cuando se prima por encima de todo el valor de la novedad, de la libre expresión y la espontaneidad del

educando, de los saberes técnicos o de la no discriminación y diálogo entre iguales. Y en el terreno estrictamente moral, ¿quién se atreverá en nuestros días a pronunciar que una conducta es mejor que otra o a recomendar un modo de vida con preferencia a otro? Lo que más vale es la pluralidad (diversidad es riqueza, tal es la muletilla del momento), cada una de las variadas culturas o ideologías o normas ostentan la misma categoría axiológica y cada individuo, acto o conducta sólo pueden ser juzgados desde dentro de cada una de esas culturas. Todo es *relativo* y, en cuanto tal, nada es por sí mismo admirable. Vivimos bajo el imperialismo moral de lo respetable, tal como expresa el atinado diagnóstico de un pensador contemporáneo: “So pretexto de combatir el prejuicio y el desconocimiento, es a la *admiración* a la que tal *respeto* se opone. En nuestros días se respeta para no tener nada que admirar”.

3. Si tales podrían ser algunos de los signos del nihilismo que hoy socava de raíz la posible admiración moral de las gentes, aventuremos sólo unos pocos factores principales que contribuyen a enturbiar esa mirada. Desde hace ya tiempo asistimos cuando menos a una triple reducción del valor moral: a saber, respectivamente, al valor económico o del dinero, al valor político de la igualdad democrática y, en general, a los valores inferiores que la masa y su cultura tienden a imponer.

Como signo y producto de la equivalencia universal de las cosas, el valor del dinero devalúa por fuerza todo otro valor y lo vuelve menos autónomo. Más todavía, esa igualación que su naturaleza misma se encarga de producir, al enlazar entre sí todo lo dispar, manifiesta “la consecuencia trágica de toda nivelación: que más puede rebajar lo superior que elevar lo inferior”. La democracia, por su parte -según vio el primero Tocqueville-, aborrece de tal manera la desigualdad y tanto deposita el valor o la verdad del lado de la mayoría, que bajo su atmósfera los hombres no sólo se asemejan, sino que “les hace sufrir la idea de no parecerse”. Nada ni nadie escapa a ese ansia de horizontalidad, y lo que es un legítimo ejercicio de nuestra exigible igualdad política se proyecta como exigencia igualadora en otros campos de la experiencia humana. Sería, a juicio de Ortega, el triunfo del plebeyismo. Pero tal es también el sello contemporáneo que imprime la masa y, en primer lugar, en el hombre-masa mismo. Es decir, en quien se complace en sentir y pensar como la mayoría, se satisface en esa uniformidad de la que nadie debe destacar y se cree en el derecho de consagrar lo vulgar como resumen y

**paradigma** de la excelencia posible.

Y a todo ello contribuye, esa llamada *cultura de masas*, la especie de cultura que hoy domina sin disputa, toda una industria destinada a la adulación de las masas y a la configuración de la conciencia del individuo “normal”. Pues una cultura ante todo accesible a la masa (y al más torpe de ella), y destinada a su entretenimiento, viene definida por las notas de la superficialidad y la banalidad de sus contenidos, el dominio absoluto de la imagen sobre la palabra, la entrega a la actualidad y espectacularidad igual que al instante y a la concisión como exigencias de su formato, que lo mismo busca la homogeneización de sus objetos que la pasividad acrítica de su público... En lo que aquí nos importa el resultado es la *normalización* de los individuos, de la que ya hemos comprobado algunos de sus riesgos: establecimiento de la norma moral por los “normales”, sospecha o condena de las mejores excepciones, sustitución de los arquetipos por los estereotipos. En menos palabras, sinsentido de la excelencia moral y escándalo de su admiración.

Enfrentarse a un *ethos* colectivo tan desmoralizado, por enorme que sea el desafío: no hay tarea más urgente para el sujeto moral contemporáneo.

**AURELIO ARTETA**

**Catedrático de Filosofía Moral y Política de la Universidad del País Vasco**

Autor de *La virtud en la mirada. Ensayo sobre la admiración moral* (Pre-Textos. Valencia 2002).



